

3º. Está bien probado, que la *presciencia* de Dios no daña en nada á la libertad del hombre y que Dios no tiene parte en el mal que el hombre se ha hecho vendiéndose al demonio, lo mismo que el padre del pródigo en las picardías y miserias de su rebelde hijo. Dios no ha intervenido en el mal sino para prevenirlo, contenerlo y repararlo. Si el libre albedrío del hombre no pusiera obstáculo, la reparación sobrepujaría todavía á la ruina en profundidad y extensión.

4º. Dios quiere la salvación de todos los hombres sin excepción. La salvación es el goce eterno de Dios por la visión beatífica. Y la quiere Dios con voluntad seria; supuesto que reserva suplicios eternos á los que no la consigan. A todos los hombres, en todos tiempos, Dios les ha proporcionado los medios de salvarse y tan cumplidamente que nadie se condenará sino por su propia culpa.

5º. El saber como en ciertos casos particulares esos medios de salvación sean aplicables y aplicados, es la incógnita del problema. Pues en dogma no menos que en geometría, despejada ó sin despejar, existe también la incógnita.

Una cosa resulta, pues, matemáticamente cierta: y es, que no obstante las sombras misteriosas, de que Dios tiene á bien rodear los secretos de su misericordia; siendo infinito poder, infinita sabiduría y misericordia, no hará injusticia á nadie. Esta verdad es la dulce almohada sobre que duermen en paz la fé del cristiano y la razón de todo hombre capaz de unir dos ideas: *In pace in indipsum dormiam et requiescam.*

Con estas aclaraciones, por incompletas que sean, se desvanece la dificultad que deíamos resolver y con ella la inquietud que pudiera producir en los espíritus. Nada impide, pues, que continuemos nuestra marcha, y pasemos al estudio profundo de las dos ciudades.

CAPITULO VIII.

EL REY DE LA CIUDAD DEL BIEN.

SUMARIO.—El Espíritu Santo, Rey de la Ciudad del bien ¿por qué?—Respuesta de la teología.—Diferentes nombres del Rey de la Ciudad del bien: Espíritu-Santo, Don, Uncion, Dedo de Dios, Paráclito.—Explicación detallada de cada uno de estos nombres.

El orden visible no es sino el reflejo del orden invisible. En los gobiernos de la tierra, el orden se compone esencialmente de una autoridad suprema y de autoridades subalternas encargadas de ejecutar la voluntad de la primera. Ninguna sociedad puede concebirse sin éstos dos elementos. Lo mismo pasa en la Ciudad del bien y en la Ciudad del mal. en la una y en la otra el gobierno se compone de un rey y de ministros con poder diferente y sumisos á sus órdenes. Pues, conforme ya lo hemos indicado, el rey de la Ciudad del bien es el Espíritu Santo.

¿Porque se atribuye al Espíritu Santo, y no al Hijo ni al Padre, el glorioso cetro de la Ciudad del bien? La teología católica responde, que si bien todas las obras exteriores de la Santísima Trinidad, *opera ad extra*, son comunes á las tres Personas, sin embargo, el lenguaje sagrado suele atribuir por apropiación al Espíritu Santo las obras, en que el amor de Dios se manifiesta con más vivo esplendor. Así, al Padre, se atribuye el poder, al Hijo, la sabiduría, al Espíritu Santo, la bondad. No obstante, en las tres divinas Personas, el poder, la sabiduría y la bondad, son una cosa.

sola é indivisible: como igualmente lo son la divinidad, la esencia y la naturaleza. (1)

Y por cuánto la Ciudad del bien es la creacion más magnífica del amor de Dios, con razon se llama rey de ella al Espíritu Santo, que es el amor consustancial del Padre y del Hijo. El fundamento, ó como habla la Escritura, la piedra angular de esta Ciudad, es el Verbo encarnado. Pero la encarnacion del Verbo es obra del Espíritu Santo. El ángel de las escuelas muestra con su profundidad ordinaria la exactitud de este lenguaje. La concepcion del cuerpo de Jesucristo, dice el gran doctor, es obra de toda la Trinidad. Se atribuye, no obstante, al Espíritu Santo por tres razones. La primera, porque esto conviene á la causa de la Encarnacion, *considerada por parte de Dios*. Pues el Espíritu Santo es el amor del Padre y del Hijo: y del inmenso amor proviene que el Verbo tomara carne en el vientre de la Virgen. Y así, dice San Juan: *Tanto amó Dios al mundo, que le dió su Hijo unigenito*.

La segunda, porque esto conviene á la causa de la Encarnacion, *considerada por parte de la naturaleza humana*. Pues así se hace entender que el Hijo de Dios tomó la naturaleza humana y la unió á su Persona divina; no por algunos méritos que ella tuviera, sino por una gracia, que se atribuye al Espíritu Santo, segun aquello del apóstol: *Hay diversas gracias; pero vienen del mismo Espíritu...*

“La tercera, porque esto conviene al término de la Encarnacion. Pues el término de la Encarnacion fué la con-

1. Indivisa quippe sunt opera Trinitatis ad extra. Verum consuetudo est sacri eloquii, interdum appropriare uni personæ quod proprie et verissime dicitur de utraque: sicut Patri attribuitur potentia. Filio sapientia, bonitas Spiritui Sancto. Et tamen una et indivisibilis potentia et sapientia et bonitas in his tribus, sicut una deitas, una essentia, una natura. *Conc. Vaur.*, c. 1, an. 1368.

cepcion de Aquel que seria Santo é Hijo de Dios; y ambas cosas, la santidad y la filiacion divina, se atribuyen al Espíritu Santo. Pues por El los hombres son hechos hijos de Dios, como San Pablo lo dice á los Gálatas: *Por quanto sois hijos de Dios, Dios envió al Espíritu de su Hijo á vuestros corazones y en El podemos exclamar diciendole: Padre, Padre*. Es tambien Espíritu de santificacion, como el mismo apóstol lo dice en su carta á los Romanos. Por lo tanto, así como otros son espiritualmente santificados por el Espíritu Santo, para que sean hijos adoptivos de Dios, del mismo modo Cristo fué concebido en la santidad por el Espíritu Santo, para ser hijo natural de Dios. Y así, el apóstol, despues de haber dicho del Señor: *Que fué predestinado Hijo de Dios con poder*, explica estas [palabras por estas otras: *segun el Espíritu de santificacion*, es decir, por cuánto ha sido concebido por el Espíritu Santo. Y el arcángel de la Anunciacion, de las palabras que primero dijo: *El Espíritu Santo vendrá sobre tí, saca esta conclusion: y por eso lo Santo que de tí nacerá, será llamado Hijo de Dios.*” (1)

El Espíritu Santo, que es Rey de la ciudad del bien por haber formado su base viviente, lo es tambien porque es su alma y su vida. Circulando en todas las partes de este gran cuerpo, como la sangre en nuestras venas y la luz en el aire, su caridad la inspira, su sabiduría la rige, su hermosura la embellese y la protege su poder. (2) Para conocer la naturaleza y el modo de su comunicacion divina, ó en otros términos; el gobierno del Rey de la Ciudad del bien, acerquémonos con respeto mezclado de amor, al trono en que se sienta, y veamos lo que es en sí mismo este divino Rey. Su

1. *S. Thom.* p. 111, q. xxxii, art. 1.

2. Omnipotens sempiternæ Deus, cujus Spiritu totum corpus Ecclesiæ sanctificatur et regitur. *Orat. Eccl. inter divers.*

exacto conocimiento es lo que más vehementes deseos puede infundir en nosotros de vivir bajo su imperio.

Conocer un sér, es saber su nombre. ¿Quién nos dirá los nombres propios del Rey de la ciudad del bien? El únicamente; porque al Sér infinito nadie puede ponerle nombre más que El mismo. Se llama, pues, *Espiritu Santo, Don, Uncion, Dedo de Dios, Paráclito*. Estas palabras divinas deben ser tomadas en su más alta significacion aun por las mayores inteligencias criadas y estas habrán de tener presente que á pesar de todos sus esfuerzos, distarán idínticamente de concebir las sublimes realidades, que aquellos nombres significan. Tal es el deber del hombre al estudiar al INEFABLE.

1º Se llama ESPÍRITU SANTO, *Spiritus Sanctus*.

Espiritu. Las otras dos personas divinas el Padre y el Hijo, son también Espíritus, y Espiritus Santos. Todos los ángeles del cielo y todas las almas bienaventuradas, lo son igualmente. ¿Por qué, pues, se atribuye á uno el nombre comun á muchos? Verdaderamente, responde Santo Tomás, la Trinidad en su naturaleza y en sus Personas, es Espiritu Santo. Sin embargo, como la primera Persona tiene un nombre propio que es el de Padre, y la segunda el de Hijo, se ha dejado para la tercera el de Espiritu Santo, por distinguirla de las otras dos, y dar á entender la naturaleza de sus operaciones.

Este nombre la distingue: porque designa la persona que procede por vía de amor. Indica la naturaleza de sus operaciones; porque en las cosas corporales, la palabra *espíritu* significa un cierto impulso. De aquí que llamemos *espíritu* al aliento y al viento. Ahora bien, es propio del amor impulsar la voluntad del que ama hácia el objeto amado; y por otra parte, á las cosas que tienden á Dios se les atribu-

ye la santidad. Luego con toda propiedad se llama *Espiritu Santo* la tercera persona de la Trinidad, que procede por vía de amor, amor con el cual nosotros amamos á Dios. (1)

También es verdad que los ángeles y las almas bienaventuradas, son espíritus santos, pero siendo puras criaturas, no son santos sino por gracia, en tanto que el Espíritu Santo es por naturaleza santo y la santidad misma. Luego también por esto justamente se le llama por excelencia Espíritu Santo. El nombre del Espíritu Santo, como los del Padre y del Hijo, no viene de los hombres, sino del mismo Dios. Debemos su conocimiento á la Escritura que lo repite más de trescientas veces, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento.

Santo. Santo quiere decir puro, exento de mezcla. (2) El Rey de la Ciudad del bien es llamado *Santo*, porque es el sér propiamente dicho, el sér puro de toda mezcla y el manantial de toda pureza. Lo que es el Océano á la lluvia que fecundiza la tierra y á los rocíos que la refrescan, eso es el Espíritu Santo á la santidad y más todavía. No es solo su receptáculo inagotable, es su principio eterno y eternamente fecundo.

Pues en el orden moral como en el material es una verdad, que la causa del mal, por consiguiente de la inmoralidad y del dolor, es la mezcla, el dualismo, ó por decirlo con la palabra propia, la *im-pureza*. ¿Que hace el Espíritu de santidad al comunicarse á las criaturas? Elimina los elementos extraños que la deshonran y hacen sufrir. Cuanto más abundante es esta comunicacion, más se simplifican las criaturas: cuanto más se simplifican, más se perfeccio-

1. *S. Th.*, 1, p. q. xxxvi, art. 1.

2. En griego *agios*, id est sine terra, dice Santo Tomás, 2, 2, q. lxxxvi, art. 8.

nan; porque se acercan más á su pureza nativa y á la pureza inefable de su Criador y modelo. Pero cuanto más se perfeccionan, se hacen más hermosas y felices. De estas nociones fundadas en la esencia misma de las cosas, resulta que la santidad es el principio único de la hermosura y la felicidad. Y puesto que el Rey de la Ciudad del bien es la santidad misma, se puede juzgar cuán glorioso y cuán dulce será vivir bajo sus leyes.

Hasta las criaturas materiales nos revelan algunas de las riquezas encerradas en este nombre misterioso del Espíritu Santo. Puede decirse que de todos los elementos el aire ó el viento es el más necesario. Por el vive todo lo que respira.

Es también el más fuerte; no há mucho que le hemos visto arrancar de raíz, en menos de siete minutos, cien mil piés de árboles seculares en una extensión de tres leguas. Los navegantes ven todos los días cómo descubre los abismos de la mar, elevando hasta las nubes la pesada masa de sus aguas.

Es el más agradable, ¿Quién en medio de los abrasadores calores del estío no ha sentido anhelo de su acción benéfica ó no se ha deleitado al disfrutarla? Es el más independiente, el más útil y misterioso. El viento es el principio siempre activo que purifica nuestras ciudades, nuestros campos y nuestras habitaciones; no hay quien pueda encadenarlo. Es el vehículo de la palabra, y por medio de ella el lazo necesario de la sociedad.

En otro orden más elevado, es decir, más real, el Espíritu Santo es todo esto. Es la vida, la fuerza, el placer, es el purificador de todo y el vínculo universal. En El todo es una cosa, y la inmensa Ciudad sobre que reina, aunque repartida en el cielo, la tierra y el purgatorio, no forma más

que un cuerpo y obedece á un mismo impulso. Por eso San Cipriano, le llama alma del mundo. "Este divino Espíritu, dice el glorioso mártir, alma de todo lo que existe, de tal manera llena los seres con sus larguezas, que las criaturas irracionales lo mismo que las inteligentes, reciben de El, cada una en su género, la existencia y los medios de obrar en conformidad á su naturaleza: no porque El sea sustancialmente el alma de los diversos seres, ó porque subsista sustancialmente en ellos, sino porque munífico distribuidor de su plenitud comunica á cada criatura y le apropia sus divinas influencias, semejante al sol que sin disminuirse ni apagarse, comunica el calor y la vida á la naturaleza entera. (1)

2º Se llama DON. Tal es el nombre propio, el verdadero nombre del Rey de la Ciudad del bien. ¿Quién dirá sus riquezas incomparables? Don es lo que se da sin intención de ser correspondido, lo cual implica la idea de donación gratuita. La razón de la donación gratuita es el amor: no damos á uno gratuitamente, sino porque lo queremos bien. Así, la primera cosa que le damos es nuestro amor; de donde manifestamente se sigue que el amor es el primer don, supuesto que por él damos gratuitamente todo lo demás.

Síguese también que el Espíritu Santo, siendo el amor mismo, es el primero de todos los dones, la fuente de todos

1. Hic Spiritus Sanctus omnium viventium anima, ita largitate sua omnibus abundanter infundit, ut habeant omnia rationalia et irrationalia secundum genus suum ex eo, quod sunt, et quod in suo ordine suæ naturæ competentia agunt, non quod ipse sit substantialis anima singulis et in se singulariter manens: de plenitudine sua distribuitur magnificus, proprias efficientias singulis dividit et largitur, et quasi sol omnia calefaciens subjecta omnia nutrit et absque ulla sui diminutione integritatem suam de inexhausta abundantia, quod satis est sufficit omnibus commodat et impertit. *Serm. de Pentecost. in Biblioth. vêt homil...*

ellos, el don por excelencia. A nadie le conviene como á El este nombre adorable; y de tal modo le conviene, que es su nombre personal. Por lo demás, no se crea que este nombre signifique en el Espíritu Santo una inferioridad cualquiera respecto del Padre y del Hijo; pensarlo sería una herejía; decirlo, una blasfemia. Indica solamente la relación de origen del Espíritu Santo respecto del Padre y el Hijo que nos lo dan. Mas ese don es el mismo Espíritu Santo, don igual al donante, eterno, infinito, omnipotente, en una palabra, Dios (1).

“Cuando oímos llamar al Espíritu Santo don de Dios, dice San Agustín, debemos tener presente que esa expresión es semejante á esta otra de la Escritura, *nuestro cuerpo de carne*. Al modo que el cuerpo de carne no es otra cosa que la carne, así el don del Espíritu Santo es el mismo Espíritu Santo. Es don de Dios solamente en el sentido de que se nos da. Pero supuesto que el Padre y el Hijo nos le dan y El mismo se nos da, no es inferior á ellos; porque es dado como don de Dios y El mismo se nos da como Dios.

Nadie, en efecto, puede decir que el Espíritu Santo no es dueño de sí mismo y perfectamente independiente, cuando está escrito: *El Espíritu sopla donde quiere*, y lo que añade el Apóstol: *Todas estas cosas las obra uno solo y el mismo Espíritu, repartiendo á cada uno como quiere*. Por donde en todo esto no hay que ver ni inferioridad en el que

1. Donum secundum quod personaliter sumitur in divinis, est proprium nomen Spiritus Sancti . . . Donum secundum quod est nomen personale in divinis non importat subjectionem, sed originem tantum in comparatione ad dantem . . . Sicut corpus carnis nihil aliud est quam caro, sic donum Spiritus Sanctus est nomen personale: ergo et donum. *S. Th.*, 1, p. q. xxxiii, art. 1-2. *S. Basil.*, lib. *De Spir. Sancto*, c. xxiv.

es dado, ni superioridad en los que dan, sino la concordia inefable del que es *Don* y de los donantes. (1)

Así, amor donado, amor sustancial, amor infinito, amor vivo, amor principio, amor Dios: tal es el Espíritu Santo. Más es propio del amor tender á la union. Es propio del amor infinito tender á la union infinita. La union infinita es la unidad. Hacer que, conforme al deseo del Verbo encarnado, todos los hombres sean una cosa, una cosa entre sí, una cosa con Dios, con unidad semejante á la de las tres Personas de la augusta Trinidad; procurar, mediante esta unidad universal la paz, la dicha, la deificación universal; he ahí el pensamiento del Rey de la Ciudad del bien, el objeto supremo á que se refieren todas las leyes, todas las ruedas de su gobierno.

¡Oh hombre, que seas quien fueres, no eres más que polvo y nada: si consideras tu desnudez, tu impotencia, la triple nulidad de tu espíritu, tu corazón y tu cuerpo, qué amor tan irresistible no debe despertar en tí ese título adorable de *Don*, bajo el cual el Rey de la Ciudad del bien se presenta á tu pensamiento! ¡Qué enérgica voluntad de vivir bajo sus leyes! Tú no tienes nada, y lo necesitas todo; el Espíritu Santo es el don que comprende todos los dones; don de fe, que ilumina; don de esperanza, que consuela; don de caridad, que deifica, don de humildad, de paciencia, de santidad: don de conversión y de perseverancia; don de todos los bienes así del alma como del cuerpo.

En nombre de tus necesidades, en nombre de tus peligros, en nombre de tus penas; en nombre de las necesida-

1. S. Aug., *De Trinit.*, lib. XV, c. xvii, n.º 36.—Utique Spiritus Sanctus Dei Donum est, quod quidem et ipsum est æquale donanti, et ideo Deus est etiam Spiritus Sancti; Patre filioque non minor. *Id.*, *Enchirid. de Fide, spe et charit.*, c. xxxvii, n.º 11.

des, los peligros y las penas de tus prójimos, de tus amigos, de la sociedad y de la Iglesia, hazte súbdito fiel del Rey de la Ciudad del bien. Con toda la fuerza de tu fe invoca al Espíritu Dios, don y donador, que desea ardientemente comunicarse á tí. En El solo encontrarás todos los bienes, *unum bonum in quo sunt omnia bona*. Fuera de El todo son males; indigencia para tu corazón, vanidad para tu espíritu, malestar para tu vida, terrores para tu muerte y suplicios para la eternidad.

3º. Se llama UNCIÓN, *Unctio*. Entre gran número de significaciones admirables, unción quiere decir sabiduría y luz. Conforme es amor por esencia, el Rey de la Ciudad del bien es la misma sabiduría, la luz sin sombra, la luz eterna, el sol sin eclipses. De su plenitud reparte á sus súbditos é inunda su imperio; y participando de ella, los súbditos se hacen todo lo que hay más grande entre los hombres: Reyes, Presbíteros y Profetas.

Reyes, en vez de ser dominados, dominan: en vez de estar esclavizados á la materia, á las criaturas, á los sentidos, á las pasiones y á los ángeles rebeldes, los tienen encadenados á sus piés. Ni las promesas, ni las amenazas, ni los reveses, ni las enfermedades, ni las tentaciones, logran hacer caer la corona de su frente ó el cetro de sus manos. Su autoridad, dirigida por la sabiduría eterna, tiene por caracteres la equidad, la dulzura y la fortaleza.

Presbítero: sirven de su principado sobre las criaturas y sobre sí mismos para hacer de todo lo que ha sido criado, de todo lo que tienen, de todo lo que son, una gran víctima para Dios, de quien proviene todo lo que es y á quien todo debe volver. Real sacerdocio, pueblo querido entre todos los pueblos, donde reinan los hijos de la Ciudad del bien, la luz se hace, el orden se establece, la civilización se

desenvuelve y felices las naciones, marchan tranquilamente por su camino. ¿Quereis la prueba? Preguntad á la historia y echad una mirada sobre el mapa-mundi.

Profetas: sus palabras y sus obras, más elocuentes que sus palabras, hacen irradiar sobre la tierra la luz divina que los inunda. Proclaman incesantemente las leyes eternas del orden, la existencia del mundo futuro, el gran día de la justicia y las dos mansiones de la felicidad y la desdicha sin fin al otro lado de la tumba.

“Mas todavía, exclama un Padre de la Iglesia, lo que el ojo humano apenas puede distinguir á través de espesas nubes, lo que todos los sabios no hicieron más que vislumbrar, los ciudadanos de la Ciudad del bien lo ven con claridad. Su cuerpo está en el mundo; pero su alma lee en el cielo: Ven, como Isafas, al Señor sentado en su eterno trono. Ven, como Ezequiel al que descansa sobre los querubines. Ven, como Daniel, los millares de ángeles que están á su alrededor. Un hombre cillo, *exignus homo*, ve con una sola mirada el principio y el fin del mundo, la marcha de los tiempos y la sucesión de los imperios. Sabe lo que no ha aprendido; porque tiene en sí el principio de toda luz. Permaneciendo mero hombre, recibe del Rey de la Ciudad del bien una ciencia poderosa, que llega hasta descubrir las acciones secretas de los demas.”

“Pedro no estaba personalmente con Ananías y Saphira, cuando vendian su campo; pero estaba mediante el Espíritu Santo; y así les dijo: “¿Para qué Satanás ha tentado vuestro corazón hasta haceros mentir al Espíritu Santo?” No habia ni acusador ni testigos. ¿Cómo, pues, lo sabia? “¿No érais muy dueños, añadió, de guardaros vuestro campo, y vendido, no os pertenecia? ¿Por qué, pues habeis concebido este mal pensamiento?” Por donde se vé, que este hom-

bre sin letras poseía por la gracia del Espíritu Santo, una ciencia que todos los sabios de Grecia no conocieron jamás, ¿No la encontramos también en Eliséo? Estando ausente, ve á Giezi recibir los presentes de Naaman; y al volver le dice: “¿Acaso mi espíritu no viajaba contigo? Mi cuerpo estaba aquí; pero el Espíritu de Dios me ha dado á conocer lo que pasaba á lo lejos.” Ved cómo el Rey de la Ciudad del bien ilumina, cuando le place, á sus súbditos, aparta su ignorancia y los enriquece con la ciencia.” (1)

4º Se llama DEDO DE DIOS, *Digitus Dei*. Este nombre, de riqueza incomparable, indica á la vez la procesion del Rey de la Ciudad del bien y su poder infinito, así como la diversidad de sus dones y operaciones en la unidad eterna del amor. Estúdiense el hombre por un instante y justificará en sí mismo como imágen de Dios, la exactitud de este divino nombre.

Los dedos proceden de la mano y del brazo sin separarse de la una y del otro: el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, á quienes permanece inseparablemente unido. (2)

En todas las lenguas, el brazo, la mano, los dedos, significan el poder y la acción de que son instrumentos necesarios. De aquí que el nombre *Dedo de Dios* se emplee tan frecuentemente por la Escritura para expresar la acción todopoderosa de Dios sobre las criaturas materiales ó espirituales. Aunque en Dios la fuerza activa sea única, es sin

1. Cui Spiritus Sanctus donatus est, anima illius illustratur et plus quam homo cernit. In terra erit corpus, et anima celos contemplabitur. . . Exiguus homo cernit principium et finem mundi, et medium temporum, et regum successiones. . . Cernis quomodo illuminat animas Spiritus Sanctus, tollit ignorantiam, et scientiam reponit. *S. Cyrill. Hier. Catech.*, XVI.

2 Sicut digitus á brachio et manu; ita Spiritus Sanctus á Patre et Filio procedit. *Cor. á Lap., in Exod.*, VIII, 19.

embargo, múltiple y multiforme en sus obras. De aquí es también, que la Escritura hable sucesivamente de los *dedos* y del *dedo* de Dios. Así el profeta Isaías nos representa al Todopoderoso *sosteniendo el globo con tres dedos*: (XL, 12) David dice al Señor, que *los cielos son obra de sus dedos*. (Ps. VIII) Moisés anuncia que las Tablas de la Ley fueron escritas por el *dedo de Dios*; y los magos de Faraon, no pudiendo contrahacer ciertos milagros obrados por Aaron y su hermano exclaman: *El dedo de Dios está aquí*. (*Exod.* VIII, 19).

¿Qué nombre podría convenir al Espíritu Santo mejor que este? Preguntamos al hombre mismo. ¿No lo hace todo con sus dedos? Si el género humano careciera de ellos, no existiría ninguna de las obras maravillosas que cubren la superficie del globo. Si los perdiera, mañana todos esos monumentos no serían mas que ruinas, y él mismo moriría. También Dios opera todas sus maravillas con sus dedos, ó sea, por el Espíritu Santo; porque todas son obras del amor.

Los dedos de nuestras manos no sirven solo para hacer las cosas, sirven también para repartir, dividir, distribuir. Su longitud y fuerza desiguales los constituyen en dependencia mútua y forman la belleza de la mano. Del mismo modo Dios reparte y distribuye por el Espíritu Santo los dones que reserva á cada criatura; y esto en proporciones reservadas, á una más, á otra menos, según las reglas de su infalible sabiduría, Desigualdad necesaria, de donde resulta la subordinación mútua de los seres entre sí, la base de todo orden, el principio de toda armonía en el cielo y en la tierra.

No obstante la multiplicidad de su número, ni la diversidad de sus formas, ni la variedad de sus movimientos, los dedos inseparablemente unidos entre sí, obedecen al mismo